



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 21.

JUEVES 21 DE JULIO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

EL RASTRO EN MADRID, por Francisco de P. Entrala.—SACRIFICIO DE AMOR (cuento fantástico). (Conclusion).—LEYENDAS BIBLICAS: Débora la profetisa, por Augusto Jeréz Perchet.—LO QUE HAY EN UNA CABEZA, por José Gonzalez de Tejada.—FRANCISCO PIZARRO.—LAS EVOCAIONES, por Cecilio Navarro.—A MI CARCELERA, por J. Guerau de Arellano.—LADRONES, por J. Gonzalez Zorrilla.—BIBLIOGRAFIA.—CANTARES, por J. G. A.

EL RASTRO EN MADRID.

Yo no sé, ni es preciso, la etimología de la palabra *Rastro*; pero si es corrupcion del verbo arrastrar, significa llevárselo todo á la fuerza; y si es nombre, quiere decir *huella*, paso, evasion de algo que se vá, de algo que huye tal vez para siempre.

De uno ó de otro modo, yo traduzco aquella frase por la palabra *humanidad*.

Porque humanidad, para algunos quiere decir conjunto de seres, y para mí quiere decir lágrimas que como el rocío se evaporan para convertirse en nubes; nubes que se condensan sobre el cielo de la vida para producir tempestades; tempestades que, como las del cielo, lleva el huracan de las pasiones, huracan cien veces mas temible que el de la naturaleza; y que huye, pero que huye dejando *rastró* en su carrera.

Este *rastró* es: para el pobre, llanto; para el rico, jolgorio; para el artista, gloria; para el miserable, esperanza; y *nada* para mí.

Nada es equivalente á *todo*.

Porque, como *todo* se vá, lo que resta evito descifrarlo...

¿Qué queda de su belleza á la mujer cuando cumple los cuarenta?

¡*Rastro*!

—Y el poeta, ¿qué deja cuando muere?

Rastro...

—Y de los hechos heroicos, de las glorias del arte, de los hombres que fueron, ¿qué queda?

¡*Rastro*!...

De estos tres rastros de la vida, el tercero es *ruinas*, el segundo *recuerdos*, el primero *miseria*.

Y sin embargo, era necesario que tambien dejasen *rastró* los dolores ocultos, las lágrimas reprimidas, los suspiros ahogados, las incesantes amarguras de esa parte de la humanidad que en esta *portería* de lo infinito llamada mundo, no dejó inscrito su nombre con el cincel, con el buril ni con la pluma.

Tal vez por eso fundóse el *Rastro*.

Parecerá estraña la deduccion; pero no lo es, si se considera que hoy todos los sentimientos del alma se reflejan en la materia...

El hombre duro es *roca*.

Un alma sensible es *flor*.

Un alma ardiente es *rayo*.

Pues bien: si el alma es *roca*, *flor* ó *rayo*, tambien pueden adivinarse los sentimientos y hasta la vida, no de un ser, sino de cuantos seres nos rodean, en una cinta descolorida, en una gasa mugrienta, en un traje haraposo, en una flor contrahecha.

Y si dicen algunos: los *museos* son el panteon de los artistas; las bibliotecas el panteon de los escritores; la historia el panteon de los siglos;

Yo les contestaré:

Y el *Rastro* es el panteon de la sociedad.

Vamos, pues, á él: vamos á visitar esa exposicion dominguera de harapos miserables, de baratijas inservibles, de muebles anticuados, de mugrientos artefactos, de libros incompletos, de trages ridiculos, de telas de contrabando, de utensilios precisos, de artículos baratos... Confundámonos entre esa turba de viejos usureros, de jóvenes desgraciados, de viudas desamparadas, de cesantes ham-

brientos, de modistas alegres y de estúpidos farsantes. Escuchemos las voces de los vendedores, la risa de los contratantes, las imprecaciones de los pobres, y la algazara de todos... ¡Ah! ¡El ruido! ¡siempre el ruido ahogando la voz de la miseria que gime, del dolor que llora, de la desesperacion que llama!... Pero no, no quiero ocuparme de esa multitud errante y desconsolada; venimos á ver, á oír, á negociar como todos; y al que negocia le sobra el corazon...

¡Aquí hay un puesto!...

Son puestos de clavos encorvados, de pesas faltas, de cerraduras mohosas; *hierro* viejo, en fin; y á su lado algunos libros confusamente esparcidos por el suelo...

En el primero acaba de venderse una espuerta de clavos por un *duro*; en el segundo, *La vida es sueño*, de *Calderon*, ¡por un real!

La razon de esto es muy sencilla para el mundo.

El hierro viejo se funde, y de él salen las llaves y armas con que se roba al prójimo; la bala con que se mata al hermano; el rail por donde se hace mas breve nuestra carrera; el eslabon que nos amarra al calabozo, y la cerradura del ataúd.

De *La vida es sueño* no nace mas que una idea: la idea de la inmortalidad.

Pero eso no vale nada.

Si fuera hierro viejo, seria distinto.

Pero los que tal piensen ignoran que el *genio* no es la *ganzúa*, pero sí la palanca de la civilizacion.

Continuemos.

Allí hay un *ropavejero*: una joven hermosa, llega hasta él como temerosa de ser vista, y sin descubrirse el rostro deposita un lio de ropa sobre el ambulante mostrador. Su contenido es un traje de seda que los prestamistas han desechado porque tiene una quemadura, y que tampoco quiere aceptar el mercader. La joven insiste, arguye, suplica y hasta llora

por vender aquella prenda, que quince días antes se había hecho para sus esponsales, y que entonces iba á servir para alimentar á su madre moribunda. ¡Cuarenta reales caen por último sobre el mostrador, y la pobre joven los acepta; pero besa, antes de partir, la falda de su vestido, y deposita sobre ella una lágrima! Lágrima que produce un brusco movimiento de cólera en el ropavejero, que teme la mancha del traje y no repara en la mancha de su conciencia!!

La joven, ahogada por los sollozos, ha desaparecido de la escena.

En su lugar se encuentra una modista, que alegre, ufana y orgullosa de su posición, fija la vista en el vestido.

Va á cultivar extrajudicialmente el amor, y necesita rodear su cuerpo de las galas que no lleva en el alma.

El trato se ha cerrado en 200 reales.

El mercader considera muchas sus ganancias para tan poco tiempo.

¡La muchacha considera poco su desembolso, para perder la honra!...

Me he encolerizado, y al apartar la vista de aquel sitio me encuentro con algunas pinturas que piden restauración. Allí hay una *corrida de toros*. Parece que se está silbando á sí misma. Contiguo á ella un magnífico cuadro que representa á Miguel Angel, célebre artista, cuyo genio quedó impreso para siempre en las anchas bóvedas del Vaticano.

Cien transeúntes se apiñan al paso para ver bien la *corrida*...

¡En cambio, solo un joven, pálido, flaco, melenudo y miserablemente vestido, se rebusca en los bolsillos una moneda, que no tiene, para adquirir el retrato!

¡Pero en vano! Un trapero acaba de adquirirlo en una miseria, para revenderlo como se revende una rodilla.

¡Y hace bien!

¡La admiración de un genio, la pintura esparcida sobre el lienzo no valen nada; pero el lienzo ya es diferente, porque del *trapo viejo* se hace el *papel*!

¡Por eso no me admira que muchos vivan de hacer *papeles* en el mundo!...

¡Cuesta tan barato!...

Mas allá hay un precioso *Crucifijo*, y á su lado un *caballo* de bronce que, aunque usado ya, puede servir para adorno de una sala.

Lo que sucedió, se resiste la pluma á consignarlo.

Verdad es que aquello es símbolo de la redención, y la humanidad no quiere redimirse.

Otro puesto.

Sobre el tablero hay cintas, flores, gasas, coronas de siemprevivias, y zapatitos de raso...

—¡Allí se entierra la inocencia!

¡No lejos se ven confusamente amontonados trajes usados, pulseras de dublé, pedrería falsa, y las insignias de alguna que otra condecoración!... ¡Algun antiguo personaje que aun conserva sus fueros á pesar de la inclemencia del tiempo, pasa, y adquiere la última, porque nadie lo ve, porque aquello no ha de saberse en Madrid, y porque de este modo podrá presentarse dignamente en el baile de la condesa, que ignora su posición!

¡Miseria! ¡Miseria humana! ¡Hasta en el Rastro nace la vanidad!

Pero si nace, también muere; porque allí hay pergaminos de nobles, vestigios de grandeza, restos de lujo, fragmentos de aquella opulencia y fastuosidad con que encubría sus debilidades el magnate, y sus miserias el poderoso, y sus injusticias el tirano... ¡Allí hay sillones carcomidos por el tiempo, como la vida del que los adquirió; relojes que después de marcar á su dueño la hora de la muerte, se inutilizaron para siempre; bandas que aterrorizaron al humilde, y que hoy el humilde mira con desprecio; retratos que pronto se convertirán en polvo, como la familia que tuvo que venderlos, quién sabe si por un pedazo de pan!... Allí hay trajes manchados con lágrimas; chalecos agujereados por el puñal del asesino; y entre ellos, como la flor que el

viento lleva á los cementerios, artículos que inspiran amargura, ayes, dolor...

He dicho que el Rastro es un panteón, y me he engañado...

¡En los panteones hay mármoles labrados, estatuas delicadas, árboles, frescas flores que crecen á su orilla!... En ellos los cadáveres están seguros, porque sería un sacrilegio descubrirlos...

En el Rastro solo hay llanto, luto, miseria, dolor, pobreza; y el que no lleva un objeto comete un sacrilegio para los vendedores...

Sacrilegio, porque sobre el llanto está el placer; sobre el luto, la broma; sobre la miseria, la vanidad; sobre la pobreza, el lujo; y sobre el dolor, el negocio.

Esto es lógica, y lo demás es chanza...

Quedamos, pues, en que el Rastro no es panteón.

En cambio, es fosa.

Fosa donde, sobre los cadáveres de ayer, se arrojan los cadáveres de hoy, y los cadáveres de hoy y de ayer serán mañana ceniza.

¿Y qué importa?... ¡Dádsela á un negociante, y la aprovechará también!...

Me dirán algunos que no es fosa, porque con el Rastro come un sinnúmero de familias.

También hay gusanos en los cementerios, que devoran los huesos de sus cadáveres.

Me dirán que allí se remedian el pobre y el desgraciado...

Pero también, como en el mundo, se entierra el espíritu para que prevalezca la materia; se empaña la conciencia con el aliento de la codicia; se vende la honra por el amor al lujo; se sacrifica el amor para engendrar la pena; se ahoga la fe para dar paso á la incredulidad; se trueca la humildad por la ostentación, y se sofocan las lágrimas.

¿Y qué le resta sin ellas al mundo?

¡Desesperación!...

Y puesto que la desesperación fomenta el vicio, y el vicio, tarde ó temprano, mata, nos resignaremos á morir.

¡Pero aquí tenemos el Rastro de nuestro paso sobre la tierra!...

Grandes y chicos, ricos y pobres, buenos y malos, hallamos aquí un recuerdo de ayer, una impresión de hoy, un desengaño de mañana.

La miseria que aquí aparece, es la miseria que en Madrid se oculta.

No sabiendo cuál de las dos es peor, si la que se oculta ó la que aparece, tampoco sabemos descifrar si Madrid está en el Rastro, ó el Rastro en Madrid.

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

SACRIFICIO DE AMOR.

(CUENTO FANTÁSTICO.)

(CONCLUSIÓN.)

IV.

Muchos años hacía que el general Selchow había fijado en España su residencia.

Vivía solo, aislado, sin afecciones de ningún género, y la caza era su diversión favorita.

Su capital era inmenso.

Una mañana el escéptico alemán se encontraba recorriendo un bosque de palmeras y de castaños, entregado á su cotidiano entretenimiento.

De repente una voz dulce, vibrante y melancólica resonó á su espalda.

El general volvió rápidamente la cabeza.

Entonces se encontró con que por los inmediatos matorrales aparecía una niña como de diez á doce años de edad.

Era blanca, tenía sus ojos de color de cielo, y sus cabellos bonitos y ensortijados caían descuidadamente sobre sus hombros tersos y redondos.

Su traje era pobre, miserable, haraposo.

—¡Bellísima criatura! murmuró el general,

atusándose las guías de sus grises y largos bigotes.

La niña entonces avanzó con paso lento hacia él y cruzó las manos sobre su pecho en suplicante actitud.

El general la miraba con esa elocuente inmovilidad de un alma compasiva y generosa. Aquella inocente criatura levantó sus ojos al cielo interin dos lágrimas transparentes resbalaban por sus puras y sonrosadas mejillas.

—Buen caballero, díjole al anciano Selchow.

—Habla, hija mía, repuso este conmovido.

—¡Una limosna, por Dios, para mi pobre madre!

El general inclinó la cabeza sobre su pecho y quedó pensativo.

La niña, entre tanto, le miraba tímidamente.

—¿Y por qué has de implorar la caridad? dijo al fin el interpelado.

—¡Ah, señor! No tenemos amparo ninguno y mi madre va á perecer de hambre.

—¡De hambre! balbuceó Selchow con voz ronca y entrecortada por el sentimiento; no, no, ¡hija mía! toma; amparaos, vestíos y no quiera Dios que murais en esta soledad.

Y el anciano depositó en manos de la niña una gruesa bolsa llena de oro.

—¡Ah! seguramente os habéis equivocado, dijo esta mirando con espantados ojos y trémula mano las monedas que acababa de recibir.

—No, no; guárdalas.

—Es imposible, mi madre no quiere tanto, señor; ella me ha dicho que la abundancia despierta la ambición, y esto es mucho, ¿no es verdad?

—Mas mereces, hija mía.

—Perdonad, pero yo no me atrevo á tomarlo.

—¿Y dónde está tu madre?

—A poca distancia de estas alamedas.

—Llévame allá.

—¡Qué bueno sois! exclamó la niña mirando al anciano con gratitud.

Este se mordió el bigote, como quien abstraído por una sensación profunda obra maquinalmente.

—¿Cómo te llamas? le preguntó al fin, interin se encaminaba á la vivienda mencionada.

—Elvira, contestó ella.

—¡Elvira! ¡Ah! Elvira murmuró el general. Y un profundo suspiro se escapó de su garganta.

Parecía abstraerse en un mar de tristes y dolorosos recuerdos.

—¿Quieres venirte conmigo? díjole con cariñoso acento.

—¿Dónde, señor?

—A la corte.

—Yo no sé lo que es eso... además yo no puedo abandonar á mi madre.

—También la llevaremos.

—¿Y que hemos de hacer allí?

—Sereis mi segunda familia; porque yo estoy solo y necesito de un ángel como tú para que me consuele.

—¡Ah, señor!...

En esto y al pie de un pequeño montecillo coronado de olivos, distinguíase una roca cóncava y erizada, en cuya superficie aparecía una honda escavación.

—¡Esa es nuestra casa! dijo la niña señalando con inocente alegría al sitio en que se alzaba el peñasco.

—¡Pobres! balbuceó el alemán...

Y poco después entraba en ella precedido de Elvira.

V.

Tres años después se había construido un elegante palacio en las afueras de Madrid.

Selchow paseaba por los jardines, que rodeados de una magnífica verja de hierro se alzaban al pie de la pintoresca fachada del edificio.

Una hermosa joven de rubios cabellos y esbelto talle, caminaba á su lado.

Era Elvira.

—¿Te acuerdas, hija mía, decíale el general del día en que nos conocimos?

—¿Cómo olvidarlo?

—Desde entonces soy feliz... amo la vida... tengo ilusiones y el porvenir parece sonreírme.

Elvirá inclinó los ojos tímidamente.

El general entre tanto, arrojaba sobre ella una mirada irresistible, ardiente, poderosa.

—¿Me amas como á un padre, Elvira?

—¿Cómo no?

—¿Y nada más?

Elvira guardó silencio.

—¿Nada me dices? añadió el anciano Selchow.

La melancólica joven sacudió ligeramente su perfumada cabeza, como si quisiera desechar un pensamiento sombrío y se puso á tararear una melodía de Gluck.

Aquella armonía tristísima tomada por la preciosa niña de una de las mas clásicas composiciones del célebre maestro, perdíase entre el ramaje de los árboles, como el último canto de las aves.

El general inclinó la frente agobiado por el peso de una amargura horrible.

Elvira llegó hasta él, apoyándose sobre sus hombros, y le dirigió una mirada dulce y cariñosa.

—¿Por que sufre usted? le dijo:

—¡No es nada! respondió haciendo un supremo esfuerzo para sonreírse.

Y dos lágrimas asomaron á los ojos del general.

Elvira sufría entre tanto, porque al través de la ardiente mirada de Selchow, veía todo el dolor que devoraba su alma.

VI.

Era de noche.

Elvira se encontraba en una de las habitaciones del palacio.

Y Elvira arrancaba dulcísimas y cadenciosas notas de las vibradoras cuerdas de un piano.

Selchow la miraba estasiado.

—¿Me amas? preguntóle con voz trémula el alemán.

—¿Qué le parece á usted este cuarteto? dijo la preciosa joven con dulzura.

—¡Pronto seremos felices! Poseerás mis riquezas y serás la dueña absoluta de mi corazón.

—¡Qué generoso es usted! díjole Elvira.

En esto oyóse por la parte del jardín el eco dulce, lánguido y cadencioso de una flauta.

—¿Será Gonzalo? ¿Será Julian? reflexionó la hermosa joven.

El general pareció fijarse en la extraña armonía que se escuchaba, y púsose densamente pálido.

El eco perdióse por último en la inmensidad del espacio, y Elvirá lanzó un ténue y apagado suspiro.

Selchow permaneció pensativo.

A los pocos minutos un lacayo se presentó á la puerta de la habitación.

—El señorito Julian, dijo con respeto.

—Que pase, repuso Elvira.

Acto seguido un joven de ojos y cabellos negros, aspecto noble y mirada franca, se presentó en la estancia.

—Amigo mío, díjole Elvira con amabilidad. Anoche temimos por usted.

—¿Por qué? exclamó Julian sonriendo.

—Cuando usted salió de casa nos pareció oír una detonación.

—Sí. Pero no fue nada, aunque pudo haber sido mucho.

—¿Pues cómo?

—Cuatro hombres me asaltaron puñal en mano.

—¡Dios mío!

—¡Y hubiera perecido á no ser por un tal Gonzalo de Medina!

—¡Ah! murmuró sordamente Elvira.

Y un ligero tinte de rosa coloró sus mejillas.

—¿Lo conoce usted? preguntó Julian.

—No... dijo la hermosa joven con aparente indiferencia.—Decía usted.

—Sí; decía que me salvó la vida.

—¿Y cómo se encuentra por estos sitios?

—Vea usted una cosa que no puedo contestarle.

—¿Y usted será su amigo, Julian?

—Desde anoche.

—¡Ya!

La joven, por último, guardó silencio, pero su mirada se hacia cada vez mas melancólica.

En los ojos de Julian parecía brillar un deseo, una ilusión ó una esperanza.

—Quiero conocer al caballero Gonzalo de Medina, díjole al fin Elvira con acento misterioso.

—¿Y por qué? le preguntó el joven con marcada intención.

—Porque ha salvado la vida á uno de mis buenos amigos.

—Gracias, Elvira, dentro de breves días complaceré á usted.

—Es usted muy galante.

Conversando amistosamente pasaron las horas.

Julian se despidió hasta la noche siguiente.

El general quedaba acariciando el inmenso amor que le devoraba.

Y Elvira esperaba ver á Gonzalo.

VII.

Gonzalo asistió al día siguiente al café Suizo, con objeto de ver á su favorecido.

Pero en vano preguntó á los mozos, porque ninguno supo darle razón exacta de quién fuese don Luis de Padilla.

Gonzalo no comprendía aquel misterio.

A las avanzadas horas de la noche se dirigió hácia el palacio de Elvira.

Sacó una preciosa flauta de ébano, y oculto bajo la sombra de una acacia, comenzó á tocar una melodía dulcísima.

Un suspiro se escapó de su pecho.

Sus ojos fijos, inmóviles en los balcones de la quinta, parecían abstraerse en un mundo de románticas ilusiones y de amorosos recuerdos.

—¿La amaré Padilla? se decía, ¿qué interés puede tener ese hombre en que no se le conozca? Sin embargo me parece que es incapaz de faltar á la verdad. ¿Y el viejo Selchow? Tengo celos hasta del aire que respiro... ese aire en que me parece aspirar el perfume de sus cabellos de oro... y ella... ella es rica y no se acordará de mí; pero si no se acuerda ¿por qué contesta á las cadenciosas notas de la flauta con los armoniosos acordes del piano?

Y Gonzalo permanecía pensativo.

La luna avanzaba sobre el firmamento y nuestro joven creyó llegada la hora de retirarse.

—¿Si estará don Luis? se preguntaba mirando con impaciencia hácia la verja; y esperó largo rato.

Pero no vió á nadie, porque Padilla, que no era otro sino Julian, habia salido de antemano.

Triste, silencioso, pensativo, volvió Gonzalo á Madrid.

VIII.

Luis de Padilla no parecía.

Medina no podía averiguar quién fuese el caballero que visitaba el palacio de Selchow á las altas horas de la noche.

Porque aquel misterioso personaje cambiaba hasta de figura.

Y sin embargo era Julian.

Y Julian no hablaba de Gonzalo.

Pero Elvira le recordaba su acción á cada instante.

Así pasó un mes y pasaron dos.

Y la hermosa joven insistió en la idea de conocer á Gonzalo.

Y Julian ahogó un profundo suspiro.

Y Selchow se estremeció de celos y miró á Elvira con la amargura del desengaño.

Y Julian prometiéndole á ella que Medina le seria presentado

—Bueno, dijo ésta.

—Pero callará usted mi nombre, le respondió él.

—¿Por qué?

—Es un misterio.

Y Julian se puso densamente pálido como si un puñal envenenado se clavase en su corazón.

IX.

En el tiempo que habia transcurrido, Gonzalo se habia hecho íntimo amigo de Julian.

Pero ignoraba que éste fuese el fingido don Luis de Padilla:

—Voy de visita, díjole una tarde el mismo.

—¿Dónde? preguntó Gonzalo.

—Al palacio del general Selchow.

—¡Ah! ¿Conoces á un tal don Luis?

—No, contestó Julian con indiferencia.

—Siento separarme de tí.

—Te presentaré si quieres.

—Vamos, dijo Gonzalo, pero yo soy pobre y allí...

—¿Qué?

—Temería no ser bien recibido.

—No lo creas... Elvira es sumamente amable... Elvira te conoce.

—¿Que me conoce! exclamó Gonzalo reprimiendo un grito de alegría.

—Sí.

—Llévame.

—Vamos.

Y un cuarto de hora despues, Julian y Gonzalo entraban en el palacio de Selchow.

Elvira estaba verdaderamente encantadora.

—El semblante del general parecia haber adquirido nueva vida, nueva animación.

Cuando Gonzalo se presentó en la estancia donde ambos se encontraban, un grito de sorpresa se escapó del pecho de Elvira.

—¿Elvira lo amaba!

Selchow se mordió las guías de sus bigotes é inclinó melancólicamente la cabeza.

Julian aparecía pálido como un cadáver, y su corazón se estremecía bajo el peso de un amargo y terrible presentimiento.

Desde la tarde á que nos referimos, Gonzalo visitó la quinta de Elvira.

Y Elvira le miraba estasiada...

Y sus miradas penetraban en el alma de Gonzalo como un fluido irresistible, grande, misterioso, que le llenaba de dulcísimos recuerdos y de legítimas esperanzas.

Un día, sin embargo, Gonzalo estaba triste abstraído, pensativo.

Y Elvira estaba triste tambien.

Ambos se adoraban en silencio.

Pero con un amor sublime, dulce, poético, irresistible.

—Moria el sol, y las nubes del crepúsculo bordaban el horizonte.

—Sufro mucho, Gonzalo, díjole Elvira con profunda ternura.

—Y yo, Elvira.

Tengo que comunicarte una funesta nueva.

—Habla.

—La gratitud me impulsa á obedecer.

Gonzalo se estremeció y sintió que un sudor frío bañaba su frente.

—Dí, murmuró al fin con voz trémula y agitada.

—Tú sabes que he sido pobre, que he vivido en la miseria...

—Es verdad.

—Pues bien, Selchow...

—¿Qué?

—Selchow me ama.

—¿Elvira!

—¡Sí, Gonzalo! Selchow me ama, y entre tú y yo existirá de aquí en adelante un insondable abismo.

—¿Qué dices?

—Yo moriré en seguida, pero cumpliré con mi deber en la tierra y te amaré desde el cielo.

—Gonzalo alzó sus ojos, en los que brilló toda la desesperación que agitaba su alma.

Y las sombras de la noche envolvieron á los amantes que veían huir sus esperanzas como los últimos resplandores de la tarde.

X.

La amistad había hecho dos hermanos de Medina y de Julian. Este, esclavo de su deber y de sus sentimientos, solo pensaba en recompensar la acción de Gonzalo.

Le había salvado la vida y también le correspondía salvarlo.

XI.

El palacio del general estaba profusamente iluminado.

Elvira vestía de blanco.

Y una flor blanca también, pero marchita, aparecía entre sus blondos cabellos descuidadamente recogidos.

Selchow vestía de negro.

Multitud de personas vagaban por las suntuosas estancias de la quinta, y dos bandas de música tocaban en las avenidas del jardín.

Julian, asomado á uno de los balcones que daban al campo, ni escuchaba la armonía de aquellos cien instrumentos, ni veía los árboles, ni conversaba con Elvira.

Su mirada era empañada y reflexiva.

—No, eso no, murmuraba repetidas veces... y se golpeaba la frente como si buscara la solución de un enigma tristísimo.

Un joven elegantemente vestido llegó hasta la verja del palacio; pero de repente un grito espantoso se escapó de su garganta y cayó convulsivamente sobre el camino.

—¡Gonzalo! murmuró Julian con angustia; ¡ah! no puedo prestarte ayuda, mi presencia es indispensable en este sitio.

Al mismo tiempo una turba de lacayos adelantaba por las galerías del palacio en todas direcciones, sirviendo dulces y esquisitos helados sobre platos de oro.

Julian volvió hacia ellos la cabeza.

Una siniestra idea cruzó por su volcánico cerebro, y apartándose del balcón rápidamente se dirigió hacia uno de los criados.



Francisco Pizarro.

—¡Venga! dijo, tomando uno de los sorbetes que llevaba.

Y se marchó á uno de los ángulos de la habitación donde nadie podía observarle.

Una vez allí sacó un pequeño frasco de su frac y roció la copa con algunas gotas del líquido que contenía.

—Ya está, murmuró con voz triste.

Y se dirigió á Elvira.

Al verlo llegar ésta se sonrió con amargura.

—Por Gonzalo, Elvira, dijo Julian presentándole el helado.

Elvira inclinó la cabeza, lanzó un suspiro, y dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus azules é irresistibles ojos.

—Solo por él, dijo con inmenso dolor.

Y con la pequeña cucharilla de oro tomó lo bastante para refrescarse sus sonrosados labios.

—Mas, un poco mas, dijo Julian.

—¿Para qué? No puedo.

—Sí, sí, un esfuerzo...—¡Qué empeño Julian!

—¡Caprichos, amiga mía!

Y la hermosa joven se puso en la boca cuanto helado recogió la cuchara.

—¡Se ha salvado! exclamó Julian con alegría; y arrojando la copa por el mismo balcón donde había estado, se dirigió á las habitaciones donde paseaba Selchow.

Elvira sintió que su vista se empañaba.

Un sudor frío bañó su frente.

Sus piernas se doblaron.

Elvira, por último, dió un grito y cayó desplomada sobre el pavimento.

Los convidados acudieron al sitio de la catástrofe.

—¡Muerta! dijeron algunos.

Julian desapareció del palacio.

El viento se enrareció silbando á lo largo de las galerías, y una llamarada de fuego pareció levantarse en los alrededores de la quinta.

XII.

A la noche siguiente el coche en que caminaba Julian, se detuvo á la puerta del cementerio.

Cuando penetró en la capilla, Gonzalo estaba tendido al pie del túmulo de Elvira levantado en su centro.

Julian se aproximó hasta él y le tocó la frente.

Gonzalo pareció estremecerse.

Pero sus ojos estaban empañados, turbios y vidriosos como los de un cadáver.

La lámpara del templo prestaba á sus enlutadas paredes un tinte sombrío.

Julian se acercó á Elvira, posando sus manos sobre el corazón de la hermosa joven.

—¡Ya es hora! murmuró con fatídico acento.



El monte Tabor.

Y las solitarias tumbas parecían levantarse sobre sus cimientos á los roncós bramidos del huracán.

Seis hombres avanzaron hacia la capilla, y un ruido sordo, lúgubre, espantoso, resonó bajo sus desiertas bóvedas.

El cadáver de Elvira fue separado del ataúd y llevado por aquellos extraños personajes al interior de un coche situado en la puerta del cementerio.

Lo mismo le sucedió á Gonzalo.

El cadáver de Elvira, antes rígido, helado,

inalterable, parecía adquirir nueva fuerza nuevo movimiento, nueva flexibilidad.

Gonzalo abrió los ojos como quien despierta de una horrible pesadilla, y lanzó un horroroso grito.

—¡Elvira! ¡Dios mío! murmuró, interin sus brazos rodeaban la cintura de su amada.

—¡Gonzalo! exclamó Elvira con toda la efusión de su alma.

Y el carruaje en que se hallaban se deslizó rápidamente á lo largo del camino.

Y en aquel instante creyeron ver á Julian

que volaba, mas que corria, sobre un caballo fantástico al través de las rocas, de los árboles y del camino.

—¡Julian; Julian! gritó Gonzalo repetidas veces.

Pero el corcel seguia su rapidísima carrera, y Julian no respondia.

—Te devuelvo la vida que me salvaste, repetian los ecos de la montaña; pero no soy Julian... ni Luis de Padilla... ni el diablo... soy un desdichado que va á ocupar el ataúd de Elvira y la tumba que le estaba destinada.



Tipos del Asia.

Y en efecto, á la mañana siguiente, donde habia estado la angelical Elvira, descansaba el cadáver de Julian.

XIII.

¡A cuánta costa habia logrado salvar á la pobre Elvira de las pretensiones del viejo Selchow y recompensar la generosa acción de Gonzalo!

El mundo, sin embargo, ignoraba todo esto, y á saberlo, se hubiese reído de Julian como se rie siempre de aquellas almas que aceptan hasta el sacrificio de la vida por la vida de los demás.

FIN.

LEYENDAS BÍBLICAS.

DÉBORA LA PROFETISA.

I.

Muerto Josué, se entregaron los judíos á toda clase de desórdenes, que dieron á conocer cuánto puede influir en la felicidad del alma la sabiduría de un buen pastor.

Los israelitas, viéndose sin jefe, cayeron en los mas tristes pecados que por último los arrastraron en la esclavitud.

Jabin, rey de Asór, los retuvo en la servidumbre largos años; y el pueblo arpen-

tido de sus errores, mezclaba á sus gemidos fervientes súplicas pidiendo misericordia al Señor.

Y el Señor, compadecido de sus desgracias, prometió salvarlo.

Habia una profetisa llamada Débora, mujer de Lapidoth, que juzgaba al pueblo.

Vivia en el monte de Efraim, y se sentaba bajo una palma, entre Rama y Bethél.

La cual mandó venir á Barác, cuarto juez de los israelitas, y le dijo.

—El Señor te ordena que lleves tu ejército al monte Tabor. Elige diez mil combatientes de las tribus de Neftalí y de Zabulon, y caerá en tus manos Sisara, general de las tropas de Jabin.

Barác era justo y virtuoso: dudaba de sus propias fuerzas, y reconociendo en Débora el espíritu divino, respondió:

—Si vienes conmigo, haré cuanto desees.

—Pues que así lo quieres, te acompaño.

Y marchó Débora con las gentes de Barác.

II.

No lejos de Nazaret, pequeña ciudad de Galilea, edificada sobre la montaña de Jezrael, y en medio de la llanura de Esdrelou, se eleva orgulloso el monte Tabor formando en la cumbre una estensa campiña y regado al Mediodía por las aguas de un torrente que desemboca en el Mediterráneo junto á la ciudad de Tolomaida.

Enterado Sisara de que Barác habia subido al monte, reunió sus tropas, y con novecientos carros armados de hoces, se puso en marcha hacia el torrente de Cison, que corre en el valle de Jezrael.

Y Débora habló á Barác.

—Hé aquí el día en que Sisara Jebe ser humillado. Levántate, Barác, que Dios es tu caudillo. Caigan los valientes sobre nuestros enemigos. Las estrellas de los cielos pelearán contra Sisara. El torrente de Cison arrastrará los cadáveres de sus soldados, y los caballos de ellos al huir en impetuosa carrera se romperán las uñas entre las piedras de los campos.

El noble israelita bajó á la llanura donde aguardaban las tropas de Sisara, y empezó una horrible batalla.

Pero el Señor habia llenado de espanto á Sisara y á sus tropas, y su ejército fue vencido y disperso por las campiñas y pasado á cuchillo á la vista de Barác.

III.

Trémulo y asustado, Sisara abandona su carro y huye á pie hasta el valle de Sennim donde estaba el campamento de Haber Cineo, con cuya familia tenia amistad.

Rendido de fatiga llega á la tienda de Jahel, esposa de Haber.

—Entra, señor mío, le dice ella; y cubre al caudillo con su manto.

—La sed me ahoga, contesta Sisara. Dame, te ruego, un poco de agua.

Jahel tomó una odre llena de leche, y le dió á beber.

—Ponte á la puerta, y si alguien viene preguntando por mí, dirás que no estoy en tu casa.

La mujer obedece, y Sisara, mas tranquilo, se entrega al sueño.

De repente Jahel, inspirada sin duda por Dios, olvida la amistad que une á su familia con el general de Jabin, y tomando un clavo y un martillo, acércase al lecho donde reposa Sisara.

Descubre su rostro. Con segura mano aplica el hierro á la sien. Levanta el martillo, y el clavo traspasa la cabeza del infeliz que confundió su sueño con el sueño de la muerte.

Entre tanto se escuchan voces y rumor de caballos.

Barác venia en seguimiento de Sisara, y Jahel al verle sale á su encuentro y le pregunta.

—Buscas á Sisara.

—Si; lo busco.

—Ven y te lo mostraré.

Y entrando en la tienda encontró al general muerto y con la cabeza atravesada.

IV.

Débora y Barác cantaron en aquel día un himno de alabanzas al Señor.

Así fue como una mujer empezó la guerra y la terminó otra mujer.

Ambas probaron que Dios puede dar á las mujeres la necesaria virtud y sabiduría para gobernar un pueblo.

Los Santos Padres ven en este ejemplo, que nada hay grande en la tierra sino lo fundado sobre el espíritu divino; y que los hombres se convierten en débiles cuando se entregan á su debilidad, al paso que las mujeres se convierten en generosas cuando están llenas de la gracia de Dios.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LO QUE HAY EN UNA CABEZA.

De un pedazo de la nada hizo Dios al primer hombre, y por remate en el cuello la cabeza colocó:

Un completísimo estuche de monadas y primores, un *neccessaire*, mejor dicho, en ella puso á sus órdenes.

Allí está cuanto hace falta para habitar en el orbe; por eso veis que no vive ninguno á quien se la corten.

Allí, según los frenólogos, de virtudes y pasiones tiene el hombre los registros como el órgano de Mósteles.

Con madejas capilares no hay cráneo que no se forre, ora en forma de diademas, ora en forma de morriones.

¡Con que gracia el bello sexo las teje en grato desórden, en cada hebra colgando mil amantes corazones!

¡Que bien aquel cuya frente se prolonga hasta el cogote traza arabescos y mapas con pelitos y mechones!—

—Copiando el azul del cielo ó la bata de la noche al alma sirven los ojos de puertas y miradores.

Ellos son los acueductos por donde van los dolores á ver el mundo y sus gracias en forma de lagrimones.

En las mujeres los ojos parecen siempre dos soles, y sobre todo en las tuertas, que entre nubes los esconden.

Encendiendo las pajuelas

que inflaman los corazones, tras del cristal de los ojos juguetean los amores.—

—¡Las narices! ¡Oh! ¡bien hayan las proveedoras de olores, voladizo de la cara y de sus llanuras monte!

Sin ellas ¿quién llevaría los lentecitos al trote, y la luz de sus luceros tras de cristal cual faroles?

Ni á fuer de bridas colgaran tantas cintitas entonces ni á la boca bajarían las gafas de los miopes.

¿Quién el rapé estornudara, si no tenía por donde, entre el pañuelo imitando los acentos del oboe?—

—Lleno de perlas de nácar, que en rojo clavel se esconden se ostenta el atrio del vientre, la boca por otro nombre.

Allí se forman las risas, allí los besos se encogen, de allí parten los suspiros y toda clase de voces.

De allí italianas artistas exhalan *caros* clamores, y terribles semifusas las chillonas maritornes.

Aquella es, como quien dice, la aduana de los que comen, donde todos los manjares presentan sus pasaportes.

Habita en medio la lengua, que se estira ó se recoge echando á volar al aire las ideas interiores.

Entre los dientes de algunos les produce lo que comen, y en boca de charlatanes los convierte en oradores.

Tapando tantos hechizos, telon de pelos inmóvil, hecho cejas de la boca, luce el hombre su bigote.

Ora hay dos fuertes carrillos que la cara en torno forren, ora pellejos colgantes como los hules de un coche.

Ya de la nieve y las rosas mezclanse allí los colores, ya de cerdas se engalanan con parterres y aun con bosques.—

—Mas; oh dolor! ¡cuántas veces mueble de tantos primores sirve tan solo de percha á muchísimos prohombres!

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

FRANCISCO PIZARRO.

Este célebre conquistador nació en Trujillo en 1475, siendo sus padres una cortesana y un hidalgo: fue porquero en su juventud, pero entusiasmado con los brillantes relatos que se hacían de los descubrimientos del *Nuevo Mundo*, marchó á América en 1513 con el célebre Vasco-Núñez de Balboa. Despues y por su propia cuenta hizo una expedición sin éxito alguno hasta que á los tres años descubrió el Perú, del que fue nombrado virrey, haciendo la conquista de aquel vasto territorio y fundando la ciudad de Lima. La inmensa gloria que le cupo por este hecho, quedó no obstante empañada por sus crueldades para con los indios. La muerte de Almagro, á quien hizo cortar la cabeza despues de derrotarle en un combate, la arbitrariedad y despotismo de su gobierno y mas aun la codicia y deseos insaciables de sus subalternos, causaron su pérdida. Atacado en su palacio por los conjurados que querían vengar la muerte de Almagro, fue asesinado en 1541, á pesar del desnudo y bizarría con que se defendió.

LAS EVOCACIONES.

Me gusta vagar en sombras, y voy á apagar la luz para darme gusto. No es esto decir que soy neo-católico, sino que voy á escribir de nigromancia, ó sea el arte de evocar los muertos y hacerles hablar como vivos.

Siempre ha sido creencia universal que el alma del hombre, destinada á la eternidad de otra vida, pasaba á realizar sus destinos luego que salía de su vaso de tierra: por eso en todos tiempos se ha tenido en gran veneración el cuerpo del hombre, cuyo espíritu se evaporara en la muerte, y era enterrado con solemnes ceremonias de respetuoso decoro. Los cuerpos de los hombres vulgares eran acompañados á la última morada solamente por sus deudos: los de aquellos, públicamente meritorios, por deudos, amigos y ciudadanos, que acudían de todas partes á llorar sobre su tumba. Empero las honras mortuorias no acababan el día del entierro, sino que se repetían muchas veces con sus llantos y plegarias los días aniversarios.

No eran tales fiestas, que podemos llamar sagradas, mudables en sus lúgubres formas, como lo eran las profanas: en aquellas era siempre el rito igual, constante; en estas, al revés, tan vario, que en nada se parecían los actos de un mismo género. Los actores de las alegres fiestas, ya se sentaban sobre la yerba, ya sobre pieles ó tapices, ó magníficos lechos; ora sacrificaban en una piedra rústica, ora en un pulido mármol ó monton de tierra, ó sobre el césped ó una mesa, ó bien en un gran vaso apoyado en una trípode. Unas veces se adornaba el altar con flores, otras con hojas; y las hojas eran de encina hoy, mañana de mirto, luego de yerbas comunes... Los actores de las fiestas tristes no variaron nada de sus sencillas ceremonias. Hacían una fosa, derramaban en ella vino, aceite, leche y miel con la sangre de la víctima que degollaban entonces; asaban la carne, y sentados en redor del hoyo, la comían en familia, mientras el mas competente refería las virtudes del difunto.

Mánes se llamaba simplemente esta reunión; palabra que andando el tiempo se hizo sinónimo de *muertos*, según la aceptamos hoy.

Sacrificando el hombre en honor de los dioses, creía conversar familiarmente con ellos; pero esta familiaridad de comunicarse con sombras se hacía mas sensible en los *mánes*, porque los vivos guardaban aun palpitante el recuerdo de aquellos seres, con quienes antes trataron sin sombras ni misterios en el comercio de la vida. Pero el hombre se engañó sobre el objeto de su culto, ó mejor dicho, la codicia vino á seducir su sencillez, convirtiendo luego las formas y relaciones todas de tan sencillas creencias en manejos sueltos de grosera utilidad. Y esta avara religion, grosera y todo como era, invadió sagazmente los *mánes*, donde se prometía mas lucro que en las dionisiacas y palilias. Sus dioses eran amigos y no podían honradamente faltar en anunciar á tiempo á sus adeptos los bienes y los males contingentes. Desde entonces desapareció aquella simplicidad tan simpática de los antiguos *mánes*, y en el fondo de sus tristes ceremonias moduló ya la sórdida codicia la voz de la *necromancia*.

«¡Ah! dice á este propósito un erudito autor. ¿Quién podía ya dudar de que no fuera para hablar familiarmente con sus antiguos amigos lo de sentarse en redor de la fosa, donde ya se habia derramado el aceite, la harina y la sangre de la víctima, despues de haberla degollado en honor de ellos? ¿Podíase dudar de que esta fosa, tan diferente de los altares relevados hacía el cielo, fuera conveniente y particularmente acepta á los muertos? Era evidente que los muertos se complacían en esta comida, y en lo que se derramaba en la fosa especialmente para ellos. Ellas venían sin duda á consumir la miel y demás licores, que de allí desaparecían. Y si solo les presentaban licores,

era porque en su estado de muertos no podían acomodarse á los manjares groseros. Pueril y todo, esta era, y no otra, la creencia arraigada íntimamente: que las sombras venían á beber ó gustar tales licores, en tanto que los parientes comían el resto del sacrificio alrededor de la fosa.»

Subían, pues, á un paraje elevado deudos y amigos. Hacían allí dos hoyos ó fosas: una en que echaban miel, vino, agua y harina; otra en que derramaban la sangre de la víctima: esta fosa para la sombra evocada: aquella para las sombras intrusas, no evocadas. Sentábase en torno de la segunda, sin abandonar la espada, de que hacían ostentación para tener á raya de la primera á aquellos extraños é impertinentes muertos. Llamaban, por fin, al muerto de sus afecciones; y lo llamaban por su nombre con voz tácita y piadosa, allegando los labios al borde de su hoyo. El muerto evocado aparecía, y los no evocados también; pero estos, medrosos por el amago de la espada, no se acercaban á la oblación del privilegiado, ni querían acercarse tampoco, teniendo en que entretenerse á su sabor con el vino, miel y demás golosinas. El evocado á instancia y súplicas de sus adeptos, ese sí se aproximaba confiadamente, y todos se saboreaban comiendo y bebiendo en familia y de lo suyo: aquellos vino, éste sangre, los otros carne.

Después de este convite de mil diablos entre vivos y muertos, á quienes nadie veía, sino los sacerdotes, siempre tan perspicaces, venía la *interrogación*. La *interrogación* era explícita, clara, inteligible. ¿Y la *respuesta*? La *respuesta* era siempre oscura como la sombra en que se formulaba. Pero los sacerdotes, los sabios sacerdotes, que sabían hablar con los dioses mismos, y sabían entender hasta el silbo de las serpientes, supieran también comunicar con los demonios, cuanto y mas con los muertos. Era la ciencia de ellos: ciencia profunda, vastísima, aunque no tenía mas que un artículo, una condición, una palabra... *tinieblas*; condición *sine qua non* para hablar con los muertos.

Se retiraban, pues, en tinieblas, sacerdotes y profanos, á senos subterráneos. Los sacerdotes se aislaban en misterio fingiendo ayunar y orar. Se acostaban sobre pieles de víctimas, y dormían ó no dormían. Después del sueño ó vigilia de propiciación daban la *respuesta* que habían astutamente ellos formulado, como susurrada á sus oídos por los mismísimos labios de la evocada sombra.

Otras veces daban por *respuesta* la primer sentencia que aparecía á la vista al abrir un misterioso libro destinado á este sagrado ministerio. Otras el sacerdote ó el consultante aceptaba la primera palabra que sonaba á sus oídos, al salir del subterráneo. Las tales respuestas eran siempre ó casi siempre incongruentes; pero aquí de la sabiduría: torciéndolas y retorciéndolas, siempre una gota de jugo rezumaban.

También se empleaba un azar, que hoy pudiéramos llamar técnicamente *lotería*. Se echaban suertes con cédulas escritas, que se revolvían en una sagrada urna; sacando luego una fatalmente é interpretando la inscripción cuando era conveniente.

Los consultantes se pagaban en su sencillez con cualquiera de estos modos é interpretaciones, y los sacerdotes se pagaban mas con la generosa gratitud de los servidos. Después unos y otros se despedían satisfechos.

Homero comprueba parte de estas antiguas creencias en un pasaje de la *Odissea*. Ulises quiere consultar á la sombra de Tiresias sobre su vuelta á Itaca. Derrama en una fosa miel, vino, agua y harina, para que, entretenidos allí los muertos no evocados, no invadan la otra fosa que en otro lugar hace para el alma de Tiresias, en cuyo honor derrama la sangre de una víctima elegida. Se tiene junto á esta fosa, espada en mano, y llama nominalmente á Tiresias. La sombra evocada aparece: ruega á Ulises que aleje aquella arma para poder sin espanto consumir la sangre del sacrificio, y

después revela al héroe el secreto que le interesa.

Y si se quiere otra prueba mas fehaciente aun, oíd al profeta Ezequiel reprendiendo á los hebreos: *Qui in sanguine comeditis... et sanguinem funditis... Stetistis in gladiis vestris, fecistis abominationes...*

Así, pues, se hacían las evocaciones. Pero no bastando los muertos, ni aun los oráculos, que de aquella superstición primitiva procedieron, los hombres llamaron en sus necesidades á los demonios... y siguen llamándolos todavía. Como la fórmula y modos de estas últimas evocaciones son tan conocidos, no hay para qué detenerse en explicarlos científicamente. ¿Quién no ha visto cien veces ya en su vida á los hombres y á los demonios pactar, contratar, *negociar*, no ya en el misterio de las sombras, sino ante la fe pública de un escribano?

CECILIO NAVARRO.

Á MI CARCELERA.

Un profundo suspiro
Lanzaste, niña;
Suspirando mostraste
Lo que sentías:
Y desde entonces
Eres único objeto
De mis amores.
TRUEBA.

De tus ojos soy cautivo,
La libertad me han robado,
Mas es un sueño dorado
La esclavitud en que vivo.
Me fascina tu mirada,
Me embriaga tu sonrisa,
Pues son dulces cual la brisa
Por las flores perfumada.

De tus ojos las centellas
Abrasan todo mi ser.
Mas hallo consuelo en ver
Que me matan dos estrellas.

Si vibra con tierno acento
Tu voz tan bella y tan pura,
Al cielo se me figura
Fue robada por el viento.

Si una sonrisa amorosa
Tu bello labio enrojece,
Al sonreír me parece
Que me sonríe una diosa.

Tus gracias me enagenaron,
Me enloqueció tu belleza;
Tus virtudes, tu pureza,
Sin libertad me dejaron.

Loco vivo y apresado,
Me oprimen fuertes cadenas,
Y del cautivo las penas
Mi mente han enagenado.

Mas oye un ruego no mas;
Venturosa harás mi vida,
Si mi libertad perdida
No me devuelves jamás.

J. GUERAU DE ARELLANO.

LADRONES.

No vamos á ocuparnos de todos los que quebrantan el séptimo precepto del decálogo, sino de una especialidad. No son solo los bandidos que salen á los caminos, ni los salteadores de casas y personas; ni los rateros cortabolsas, ni los caballeros de industria, los que roban y retienen lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Hay otras varias especies de industriales de este género, que son menos conocidas y que no por eso dejan de ser muy perjudiciales á la sociedad.

Tampoco es nuestro objeto describir los que roban en grande escala, los dilapidadores, ni los malos administradores de los bienes de

otro; y mucho menos de los que cobijados con el hipócrita manto de la beneficencia, engañan al prójimo, sacándole el dinero con multiplicados pretestos, mas ó menos ingeniosos, y sorprendiendo la caridad pública, esta virtud sublime, eminentemente cristiana, carácter distintivo de los que siguen y profesan la única Religión verdadera, la Religión del Hombre-Dios, que nos dejó con su ejemplo y doctrina los mas grandes modelos que imitar.

No nos ocuparemos tampoco de los mendigos, de esos falsos pobres que viven á costa de los demás, y de que tanto se han ocupado Quevedo, Aleman, Lujan de Sayavedra, Cervantes y otros célebres autores de los siglos XVI y XVII entre los antiguos; y entre los modernos muchos que pudiéramos citar, y no lo hacemos por no ser pesados y molestos.

Los que merecen principalmente nuestra atención son los ladrones de reputación, los calumniadores, los que infringen el octavo mandamiento, y cuyo número, por desgracia, es mayor de lo que comunmente se cree; y además de los que nos roban el tiempo, y alguna vez los intereses; esto es, el dinero ó cosa que lo valga, con mas ó menos maña y habilidad; con sutilezas, con cálculos atrevidos y cavilaciones sutiles; y cuya plaga es una de las mas perjudiciales y molestas; y en las que no se fijan tanto la atención cuanto se debiera fijar.

Una expresión sola, una palabra, una broma delante de otros, dicha á la cara ó á la espalda del interesado, suele matar una bien adquirida reputación, y hacer daños de una trascendencia inmensa. Por ejemplo, tenemos muy buen concepto de una persona, y al pasar dice uno: «ese es un pillo;» sin pruebas, sin comentarios, sin adición alguna, mas que esa palabra aislada. Esto solo nos hace vacilar en el concepto que teníamos formado de aquel sujeto, dudamos ya, lo consideramos malo y tal vez lo despreciamos y huimos de él en lo sucesivo. El que lo dijo cobró una reputación, es un ladrón de la honra, y los que lo oyeron deben pedir pruebas, si les interesa ó despreciar altamente la acusación, y no proceder con ligereza en sus juicios.

Algunas veces un gesto de desprecio, encogerse de hombros, volver el labio inferior, decir, *pse*, cuando lo hace un superior, una persona autorizada y respetable, y que nos merece concepto de probidad y honradez, también mata una reputación, adquirida quizá á fuerza de estudio, de trabajo, de vigiliass y fatigas. —¿Qué tal poeta es N.?—*Pse*.—Contesta un acreditado literato.—Ya bajó de punto nuestro concepto.—¿Es buen médico fulano?—El interpelado mueve el labio inferior, sin hablar palabra, sin calcular que perjudica mas esta acción tan sencilla á un hombre que quizá vale mas que él, que necesita protección y amparo, porque es un padre de familia á quien mantiene con su buena opinión y su trabajo, y que tenía necesidad entonces de aquella visita, que con un solo gesto se le ha robado. —¿Es buen abogado zutano?—¿Qué! Y esta necedad, que en castellano nada quiere decir, hace mas daño á un hombre de bien, aplicado y de talento, que una tormenta en junio.

Sube de punto el perjuicio si damos un informe malo de la persona de quien se nos pite, por haber formado un juicio ligero y aventurado de ella, tal vez por haber sido testigos de alguna de las escenas anteriores. Porque un sujeto nos sea antipático ó no nos agrade, no deberemos tampoco hablar mal de él, ni desacreditarlo cuando se desea saber nuestro parecer respecto á su mérito, á su ciencia, á su conducta ó á sus acciones. Esto es muy frecuente, y el que lo hace roba y perjudica mas con su lengua, que el salteador que quita la hacienda, ó el ratero que arrebató la bolsa. El calumniador es un enemigo terrible, con tanta mas razón, cuanto que hace el daño á mausalva y por detrás; es un enemigo alevoso, pues obra con premeditación y queda á cubierto de la venganza de la persona á quien



Al. nos.

ofende. Desconfiemos de todo el que habla mal de otro sin presentar pruebas irrecusables, pruebas convincentes de lo que dice.

El hombre de negocios aprecia el tiempo como la mayor riqueza. Todos los economistas convienen en poner al tiempo y al trabajo como los principales bienes, los mas necesarios, los mas útiles; de consiguiente, quitar á un hombre, que lo necesita, su tiempo, es defraudarlo, es robarle su riqueza, perjudicarle en sus mas caros intereses. Cuando vamos muy de prisa, cuando nos preparamos para salir á la calle de nuestra casa, á desempeñar un negocio urgente, y se presenta un amigo ó un simple conocido á hablarnos, consultarnos, entretenernos; este amigo ó conocido nos roba el tiempo, y el trabajo nos causa inmensos perjuicios, y debe ser muy indulgente con nosotros, debe perdonarnos en el acto, si le dejamos con la boca abierta y con un palmo de narices; pues no podemos atenderlo por mas que lo apreciemos, y por mas políticos y bien educados que seamos.

Hay sugetos tan pesados y molestos, tan moscas, que se empeñan en contarnos su vida y todas sus acciones, y en saber las nuestras donde quiera que nos encuentran. Estos amigos son á veces mas terribles que un asesino con el puñal en la mano; pues de éste nos podemos librar desarmándole ó huyendo; y del otro no hay escape, para él no hay defensa ni desarme posible, porque su lengua es una espada de dos filos, contra la que nada sirven todas las reglas y leyes de la esgrima. Nos roban nuestro tiempo, nos suspenden el trabajo que necesitamos precisamente hacer, luego son los ladrones, por eso los incluyo en este artículo; y escribo para hacérselo conocer, y ver si se corta algun día tan frecuente abuso.

También nos roba el conocido que nos compromete á que le recomendemos á un superior ó á un jefe, si se ha de portar mal; pues nos rebaja tal concepto que merecíamos á la persona á quien le recomendamos.

Es muy frecuente pedir prestado para no pagar; pedir libros para no devolverlos; pedir ó tomar armas, prendas de ropa de uso ú otros

objetos, y quedarse con unas y otras cosas. Aunque las personas que esto hacen sean de la clase que fueren, por muy esmerada que su educación sea, por buenos que hayan sido sus principios, no deja de ser un engaño, una estafa, y todo esto no es mas que un robo mas ó menos disimulado.

Creemos haber demostrado que no son so'lo los salteadores, aislados ó en cuadrilla los que roban, que hay robos mas perjudiciales y de mas trascendencia que los reconocidos por tales; y que unos y otros se deben evitar y hasta se deben castigar rigurosamente.

J. GÓZALEZ ZORRILLA.

BIBLIOGRAFÍA

MITOLOGIA UNIVERSAL,

historia y esplicacion de las ideas religiosas y teológicas de todos los siglos, de los dioses de la India, el Thibet, la China, el Asia, el Egipto, la Grecia y el mundo romano; de las divinidades de los pueblos eslavos, escandinavos y germanos; de la idolatría y el fetichismo americanos y africanos, etc., por don Juan Bautista Carrasco.

La importancia de la obra que anunciamos será fácilmente reconocida de todos aquellos que saben que la Mitología es la misma historia de la humanidad en sus errores filosóficos, teológicos, cosmogónicos y morales; errores que muchas veces aparecen como verdades y que tienen un fondo bello y verdadero.

No teníamos en España ninguna obra estensa de este género; y la presente viene á llenar el vacío que hasta ahora ha existido en nuestra literatura.

El estudio de la mitología es indispensable para entender la historia, no solo respecto de los tiempos antiguos, sino tambien de los modernos, pues que, triste es decirlo, no estamos aun en mayoría en el globo terráqueo los que creemos en el verdadero Dios.

Pensamos, por consiguiente hacer un servicio á la juventud estudiosa y al público en general, proporcionándole una obra de lectura

utilísima, de un interés grande y de un atractivo poderoso, que no dudamos satisfará sus deseos.

Esta obra dará una idea completa de las primitivas religiones de la India, de la Persia y del Egipto; del variado politeísmo griego; del no menos variado de los pueblos del Norte de Europa y de los antiguos habitantes de nuestra España; de la idolatría romana antes y despues del imperio en que se rindió culto á todos los dioses nacionales y extranjeros; del nacimiento del mahometismo; de los groseros errores del Africa; en fin, de todas aquellas falsas nociones religiosas que han agitado la humanidad, desde las mas elevadas á las mas abyectas.

Bien merece una obra de esta clase, que aunque estensa no es prolija, el favor que sin duda le dispensará el público.

La obra constará de un grueso volumen del tamaño de los de la *Biblioteca ilustrada*, y de letra clara y esmerada impresion.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Esta importante obra constará de un tomo en 4.º mayor, que se repartirá por entregas y contendrá unas 50 aproximadamente.

Cada entrega contendrá 16 grandes páginas de buena impresion.

El precio de cada entrega será el de un real de vellon en Madrid, y diez cuartos en provincias, franco el porte.

La primera entrega se halla de muestra en los puntos de suscripcion por la que se puede juzgar del mérito de la obra.

CANTARES.

Si de tí me separo
Nada me queda
Pues tus pérfidos ojos
Mi alma se llevan.
Mi cuerpo muere
Porque un cuerpo sin alma
Vivir no puede.

El día en que me dijiste,
«¡Sí que te quiero, mi amor.»
Le hubiera fotografiado
Por recordarle mejor.

Tu corazon muchos miles
Debe valer, niña hermosa
Porque un primoroso estuche
Suele esconder ricas joyas.

Es la suerte un columpio
Donde sentados
Llegan muy alto algunos
Otros muy bajo.
Mas desde arriba
Suelta á muchos á quienes
Rompe la crisma.

Tantas cosas me dicen
Tus bellos ojos,
Que temo, te lo juro,
Me vuelvan loco.
Pues no es extraño
Que á un hombre loco vuelva
Un yo te amo.

J. G. A.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero, y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas, en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la *BIBLIOTECA ILUSTRADA*, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.